

Richelieu apresuró la construcción de las flotas necesarias en el Océano y en el Mediterráneo. En la marina del Océano y de la Mancha ó, como se decía, del Poniente, figuraban los buques más grandes: la *Couronne* de 1.200 toneladas, el *Navire du Roi* de 1.000, la *Licorne* de 700, los *Trois Rois*, el *Cog*, el *Corail*, el *Saint-Louis d'Hollande* y el *Saint-Louis de Saint-Jean de Luz* de 500, etc., distribuidos en tres escuadras, de Bretaña, de Guiena y de Normandía. La flota que en 1636 mandaban el conde de Harcourt y Sourdis se componía de 39 buques, tripulados por 5.530 hombres, con un desplazamiento total de 11.800 toneladas. Estas cifras ya no fueron superadas.

En el Mediterráneo, el barco de guerra preferido es la galera que, movida por remos, no se inmoviliza en los períodos de calma y aun, si es preciso, navega contra viento; por esto los berberiscos, con sus dotaciones de vigorosos remeros, desafiaban la persecución de los buques de vela. Cuando Richelieu subió al poder, la flota del Mediterráneo ó de Levante constaba de algunas galeras que se pudrían en los puertos, en vista de lo cual mandó construir inmediatamente 30 y destinar á su sostenimiento 240.000 libras anuales.

Pero existía una prevención contra las galeras y no era fácil encontrar remeros: los *benevolie* (remeros voluntarios) eran pocos en número y había sido preciso recurrir á los forzados, con lo cual se deshonró la profesión. Además, el manejo del remo, sobre todo en las marchas de velocidad, fatigaba á los hombres hasta extenuarlos, y las noches de sueño pasadas sobre los bancos de boga no eran reparadoras más que á medias. En tierra, los forzados se pudrían en presidios infectos, y el trabajo, la mala alimentación y la porquería diezaban aquella población, no bastando las sentencias de los tribunales á llenar los huecos. El gobierno recomendaba á los parlamentos que condenaran más á trabajos forzados que á muerte y menos á cárcel que á trabajos forzados, y además mandaba recoger y enviar á las galeras á los mendigos, vagabundos y gentes sin oficio ni beneficio, á pretexto «de que no se podía emplear mejor la autoridad de la justicia que privando de la libertad á los que de ella habían usado con demasiado exceso.» Naturalmente, los berberiscos cogidos en el mar, si no se les ahorcaba, eran encadenados á la boga; pero, á pesar de todo, resultaba difícil proporcionarse los 7 ú 8.000 remeros necesarios, y por esto vemos que la escuadra de Levante nunca contó más de 22 galeras.

El generalato de las galeras pertenecía, desde 1598, á los Gondi; Richelieu les compró el cargo en 1635 y se lo dió á uno de sus sobrinos, el marqués de Pont-Courlay; de esta manera el gran maestre aseguró para sí la superioridad que sobre el general de las galeras pretendía tener el gobernador de Provenza, almirante nato de Levante.

Richelieu quiso tener también grandes buques en el Mediterráneo, 24 en 1640; y en caso necesario juntaba para una acción común las flotas de Levante y de Poniente. Así, en septiembre de 1642, había en la rada de Tolón 65 buques y 22 galeras, es decir, todas las fuerzas navales del Mediterráneo y del Océano.

La construcción de las flotas había ido más de prisa que la organización de los puertos, del personal y del material. Richelieu mandó construir y limpiar el «pa-

raiso» y la «cámara» de Brest, la concha del Havre y las abras de Brouage y de La Tremblade, sin instalar en ellas almacenes ni arsenales; ni siquiera tenía puertos dispuestos para reparar sus escuadras. Brouage, en donde había gastado muchos millones en fortificaciones, estaba situado en un estuario obstruido por barcos sumergidos y que se cegaba irremisiblemente; y la excelente situación de Brest fué por él reconocida demasiado tarde para poder hacer trabajar mucho en él. Tolón era el puerto militar indicado del Mediterráneo y Richelieu había enviado allí, aun antes de 1635, las galeras; y, sin embargo, en noviembre de 1641, el señor Arnoux, delegado en Provenza como comisario general de la marina, hacía comprar á toda prisa en el Delfinado, en el Lyonnais y en el Vivarais, tablas, cáñamo, cuerdas y telas; construía treinta almacenes en la extremidad del puerto y mandaba colocar en un mismo sitio las maderas de construcción. El Estado compraba buques en el extranjero ó á los particulares, pero comenzaba ya á construirlos por su cuenta; sin embargo, como en Francia no había muchos buenos constructores, los desengaños eran grandes. Un documento oficial de 1641 se lamenta de los buques que se han «abierto en el mar» y de tantos otros «que se han perdido por su propio peso sin navegar.» Al ver estas improvisaciones y estos arranques de voluntad para suplir los recursos de una administración regular, se piensa sin querer en los procedimientos y en los hombres de la Convención.

El Gran maestre, jefe de la marina, tiene su casa civil y militar: 6 gentileshombres mantenidos, 2 secretarios para las expediciones, un médico, un cirujano, un boticario y varios guardias. Un Consejo de marina le asesora (1) y para la correspondencia dispone de un secretario general de la marina, el señor de Maunoy, consejero del rey. Richelieu hizo de su tío, el comendador de La Porte, una especie de intendente general de la marina, que para hacer cumplir sus mandatos disponía de 38 comisarios ordinarios, con el sueldo mínimo de 300 libras cada uno, de tres comisarios generales y de un contralor general con el sueldo mínimo de 1.200 libras.

Había tres guardas generales de los almacenes de la marina, en Normandía, en Bretaña y en Guiena, y probablemente también otro guarda general de los almacenes en Provenza (porque faltan los estados de la marina de Levante); los lugartenientes y comisarios de artillería estaban encargados más especialmente de los depósitos de armas. Se ve también que el Estado sostiene en 1635 en la marina de Poniente 8 cañoneros, 4 pilotos é hidrógrafos y 3 carpinteros constructores; tal es el comienzo humilde de servicios hoy importantes.

Algunos historiadores pretenden que Richelieu, como hizo más tarde Colbert, distribuyó todos los marinos en clases, movilizables sucesivamente ó todas á la vez, á voluntad del rey; pero en realidad las informaciones practicadas por De Infreville y Seguirán no tenían más objeto que contar los marinos disponibles, sin juzgar nada sobre el derecho del Estado á obligarlos al servicio. Ahora bien, el servicio obligatorio, compensado por otra parte con apreciables ventajas, es una de las prin-

(1) Hay que añadir, por consiguiente, este Consejo de marina á las otras secciones del Consejo del rey.

cipales partes del sistema de la Inscripción marítima. Richelieu, sin embargo, nunca recurrió más que á los enganches voluntarios, muy solicitados á causa de la cuantía de los salarios: un simple marinero cobraba, en 1635, 21 libras al mes, á saber, 12 de sueldo y 9 para manutención (1); bien es verdad que el Estado, siempre escaso de dinero, no pagaba con más regularidad á la marina que al ejército. Para tener más hombres á quienes alistar, el rey ordenó, cuando la declaración de guerra á España (2 de noviembre de 1636), á todos los marineros y gente de mar que abandonaran su servicio en el extranjero y regresaran al reino, bajo pena de la vida.

La gran ordenanza de 1629, conocida con el nombre de Código Michaud, había dispuesto (artículo 135) que á los cañoneros en activo se agregaran 150 de reserva, á los cuales el rey daría un sueldo de 50 libras anuales para tenerlos siempre disponibles, y 150 aprendices de cañoneros, marineros jóvenes que en los intervalos de sus viajes se ejercitarían en el tiro de cañón tres veces por semana y recibirían por este servicio diez libras anuales cada uno; pero este proyecto no se llevó á la práctica, como tampoco se llevó el de creación de una Escuela de marina en donde 16 jóvenes nobles serían «mantenidos por 400 libras de pensión anual.»

Sin embargo, no le faltaron al Estado marineros ni oficiales. Cada buque iba mandado por un capitán, un teniente y un alférez y por varios oficiales marineros á las órdenes de éstos y en número variable: maestre, pilotos, contramaestres, cuartelmaestres, maestros de ménsana, maestro y compañeros cañoneros, capataz (calier) y compañero (calier), etc., cabos (de armas) y preboste (capitán de armas), etc. En los buques más grandes había un escribano, análogo á nuestros comisarios de bordo, un cirujano con su barbero (ayudante) y un capellán, generalmente un jesuita.

Todos los capitanes de buques eran independientes unos de otros; pero cuando navegaban en escuadra, uno de ellos tenía, á título de jefe de escuadra, autoridad sobre sus colegas. Por encima de los jefes de escuadra había uno ó varios almirantes calificados de lugartenientes generales del rey ó de Jefe de los Consejos del rey en su ejército naval. Estos comandantes en jefe de las fuerzas de mar no habían de ser necesariamente marinos; en cambio, los jefes de escuadra y los capitanes eran siempre profesionales.

Había capitanes plebeyos que, como el capitán Girón, el capitán Daniel, el capitán La Chesnaye y el gran Duquesne, eran en su mayoría capitanes mercantes que habían pasado al servicio del Estado; á «estos lobos de mar» se confiaban los trabajos difíciles, como por ejemplo, en 1636, el mando de los seis brulotes de la flota. La Orden de Malta era la gran escuela naval de la juventud noble, y á sus galeras iban á servir muchos segundones, especialmente de Provenza y de Langüedoc, que en sus cruceros contra los corsarios berberiscos aprendían la ciencia naval y la guerra. No por ser caballeros de Malta dejaban de ser súbditos del rey, á quien proporcionaban un personal de oficiales de marina perfectamente instruidos. El inspector general de la mari-

(1) Tenía, por consiguiente, según los cálculos de De Avenel, un salario de unos 56 francos mensuales, es decir, un poco menos que lo que hoy cobran los marineros de las Mensajerías y de los Transatlánticos, pero el doble de lo que perciben los del Estado.

na, La Porte, era comendador de la Orden, lo propio que el comandante de la escuadra de Bretaña, Des Gouttes; también lo eran Isaac de Razilly, que negoció un tratado con el sultán de Marruecos, Des Roches, Pontac, etc. Las galeras del Mediterráneo iban mandadas por caballeros, bailes, comendadores, tales como Forbin, Castellane, La Valette, etc., estando por encima de todos ellos, por su experiencia y por su valor, el caballero Pablo, hijo, según se dice, de una lavandera del castillo de If.

Para dotar á la nueva marina del reglamento y del código que necesitaba, el comendador de La Porte reunió en Brouage, en 1642, al Consejo de la marina y le sometió un proyecto redactado por el señor de Manty, jefe de escuadra de la provincia de Guiena y marino muy experto.

Manty dice qué conocimientos y qué cualidades se requieren en el marinero y en el capitán; determina la misión de cada uno (teniente, maestro de tripulación, pilotos, contramaestres); señala las penas; pide que, para tener en lo porvenir buenos buques, cada vez que se trate de construir uno, se pida consejo á seis ó siete capitanes franceses y á tres carpinteros extranjeros, flamencos ó ingleses, muy expertos; y propone que se ponga en cada escuadra, como tienen los holandeses, un fiscal ó doctor que lleve el Diario de á bordo, transmita las órdenes del almirante y juzgue á los oficiales y capitanes en Consejo de guerra, en unión del jefe de escuadra y de nueve capitanes por lo menos.

Quiere que el jefe de escuadra sea gran conecedor del mar y de la guerra marítima, y activo; todos los días desplegará todas las velas; y en caso de encuentro, si los enemigos «tienen igual número de cañones, debe abordarlos furiosamente y venir á las manos; y si son más débiles, ha de cañonearlos á boca de jarro hasta que los vea desbandarse y haya obtenido la victoria.» Todos los capitanes «han de tener perpetuamente presente y recordar que el rey ha puesto en sus manos dichos buques para que perezcan en ellos antes que rendirlos al enemigo ó cometer en ellos la más insignificante cobardía del mundo.»

Había otro reglamento (probablemente perdido) «de lo que debía hacerse en los países extranjeros.»

Manty no había tratado de hacer una obra original; los castigos, sumamente rigurosos, estaban tomados de los holandeses, según él mismo lo declara francamente. También en otros puntos invoca la autoridad de los holandeses, maestros en el arte de la navegación.

Este reglamento, que Richelieu no tuvo probablemente tiempo de examinar, es interesante como indicación y como tentativa, y «en él se inspirará Colbert en dos de sus Ordenanzas sobre la marina.»

CAPITULO VII

GUERRA FRANCA DE 1635 Á 1642 (2)

I. Alianzas y ligas ofensivas. — II. Comienzo de las hostilidades y fracasos. — III. Exitos de Francia. — IV. Victorias definitivas

I.—Alianzas y ligas ofensivas

Después de la paz de Praga, Richelieu, viéndose obligado á renunciar á su sistema de guerra indirecta, había elegido su enemigo y roto con España sola.

(2) FUENTES: Avenel, *Lettres du cardinal de Richelieu*, V. VIII. Aubery, *Mémoires pour servir à l'histoire du cardinal duc*

En el tiempo que medió entre los últimos preparativos y las primeras luchas, el cardenal estrechó las alianzas existentes y concertó otras nuevas.

Suecia estaba amenazada de una guerra con Polonia, pues tocaba á su término la tregua de seis años que Charnacé había hecho firmar entre Gustavo Adolfo y Segismundo III; pero un embajador francés, Claudio de Mesmes, hizo que fuese renovada por veintiséis años en Stuhmsdorf (12 de septiembre de 1635).

Por virtud del tratado de Saint-Germain-en-Laye (26 de octubre de 1635) el rey concedió un subsidio anual de cuatro millones de libras á Bernardo de Sajonia Weymar, general de las fuerzas de los confederados, con la condición de que reclutara y mantuviera un ejército de 6.000 caballos y 12.000 infantes alemanes. Varios artículos secretos (27 de octubre) ligaban estrechamente al duque y á Francia: aquél se obligaba á servir al rey «con dicho ejército contra todos, aunque se le diera orden y mandamiento en contrario, teniendo, empero, la dirección de la guerra... á no ser que se trate de pasar el Rhin, de entrar en un país nuevo y de emprender algún sitio importante, en cual caso dicho señor duque avisará anticipadamente á Su Majestad para recibir sus órdenes...» En recompensa, el rey le daría, cuando se firmase la paz general, 1.500.000 libras de renta en Francia y se esforzaría, durante las negociaciones, en man-

de Richelieu, II. *Mémoires... de Richelieu*, Mich. y Pouj., VIII-IX. Leonard, *Recueil des Traités de paix*, 1693, III, IV y V. Du Mont, *Corps diplomatique*, VI. *Mercurio francés*, XX, XXI y XXII. Victor Siri, *Memorie reconaite*, VIII. Del mismo, *II Mercurio, ovvero historia dei correnti tempi*, 1635-1655. *Mémoires de François de Paule de Clermont, marquis de Montglat... contenant l'histoire de la guerre entre la France et la maison d'Autriche durant l'administration du cardinal de Richelieu et du cardinal Mazarin*, Mich. y Pouj., 2.^a serie, V. *Mémoires et lettres de Henri de Kohan sur les guerres de la Valteline*, publ. por el barón de Zurlauben, 1758, 3 vol. *Correspondance du cardinal de Sourdi, archevêque de Bordeaux*, I y II, «Coll. Doc. inéd.» *Mémoires de Fontenay-Mareuil*, M. y P., 2.^a serie, V. *Mémoires de Nicolas Goulas*, «S. H. F.» I. *Mémoires de Claude de Bourdeille, comte de Montresor*, M. y P., 3.^a serie, III. *Mémoires de H. de Campion*, publ. por Moreau, 1857. (Claudio Malingre), *Histoire générale des guerres et mouvemens arrivés en divers Etats du monde sous... Louis XIII*, 1647, III y IV. *Mémoires de Du Plessis-Besançon... accompagnés de correspondances et de documents inédits*, publ. por el conde Horric de Beaucaire, «S. H. F.» 1892. *Lettres, Mémoires et négociations de monsieur le comte d'Estrades...*, Londres, 1743, I. J. Le Laboureur, *Histoire du maréchal de Guébriant*, 1656.

OBRAS DE CONSULTA: Le Vassor, *Histoire de Louis XIII*, V y VI. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII*, II y III. G. Fagniez, *Le P. Joseph et Richelieu*, 1894, II. Enrique Lonchay, *La rivalité de la France et de l'Espagne aux Pays-Bas (1635-1700)*, «Mémoires de l'Académie royale de Belgique», tomo LIV, 1896. A. Waddington, *La République des Provinces-Unies, la France et les Pays-Bas espagnols, de 1630 à 1650*, 1895, I y II. Carutti, *Storia della Diplomazia della Corte di Savoia*, II, 1876. Ricotti, *Storia della monarchia piemontese*, V, 1869. O. Vigier, *Une invasion en France sous Louis XIII*, «R. Q. Hist.», octubre de 1894. Duque de Aumale, *Histoire des princes de Condé*, III, 1886. El general Dufour y Rabut, *Le P. Monod et le cardinal de Richelieu*, «Mémoires de l'Académie des sciences, Belles Lettres et Arts de Savoie», 3.^a serie, VIII, 1880. E. Charveriat, *Histoire de la guerre de Trente ans*, 1878, II. Droysen, *Bernard von Weymar*, 1885, II. Flassan, *Histoire de la diplomatie*, III. Gardiner, *Henry of England*, IX. A. Cánovas del Castillo, *Estudios del reinado de Felipe IV*, I, 1888 (Colección de escritores castellanos). Enrique Schäfer, *Geschichte von Portugal*, IV, 1852 (Coll. Heeren y Ukert). Modesto Lafuente, *Historia general de España*, Barcelona, 1888, XI.

tenerle en posesión del landgraviato de Alsacia, incluso el bailío de Hagenau «que al presente ocupan las armas de Su Majestad» para que de él disfrutase, con el nombre de landgrave de Alsacia, con todos los derechos que antes pertenecieron á la casa de Austria.

En Italia, Richelieu había trabajado, hasta la declaración de guerra contra España, para firmar con los príncipes una liga defensiva, y había instado vivamente al papa para que entrara en ella; pero Urbano VIII había comprendido al fin que la lucha contra la casa de Austria redundaría en beneficio de los herejes. El sobrino del pontífice, el cardenal Francisco Barberini, fomentaba este cambio de actitud: «Es útil y conveniente, escribía ya en 5 de junio de 1632, que el Padre común se mantenga tal (neutral) para intervenir como mediador» entre las potencias católicas. Richelieu, en vista de esto, había hecho decir al papa, por conducto de Noailles, que «ya que no podía entrar en la liga como padre común, declararía á sus embajadores y á los embajadores de los príncipes que la liga es necesaria» (2 de enero de 1634), pero también á esto se negó Urbano VIII. Venecia y el gran duque de Toscana tampoco habían querido comprometerse.

Cuando estuvo ya á punto de romper con España, Richelieu propuso á los príncipes italianos una liga, entonces ofensiva, para la reivindicación de la libertad de Italia.

Bellievre, embajador extraordinario, fué primeramente á Turín. El duque de Saboya, Víctor Amadeo, temía más á Francia, instalada en Pignerol, que á España, pues sabía que la libertad de Italia era sólo un pretexto; y en cuanto á sus hermanos, el príncipe Tomás de Carignano y el mismo cardenal Mauricio, con ser protector de los asuntos de España en Roma, sentían simpatías por España, para ponerse al servicio de la cual había ido Tomás en 1634 á los Países Bajos.

Pero Richelieu tenía cogido á Víctor Amadeo por el miedo y por la ambición; no le ofrecía otra disyuntiva que la paz ó la guerra, y en caso de triunfo le hacía esperar el título de rey. La esposa del duque, María Cristina, infanta francesa, tenía deseos vivísimos de ser reina. Comenzaron las negociaciones, y el duque, siguiendo la tradición paterna, propuso una expedición contra Génova ó una invasión del reino de Nápoles. Richelieu le ofreció el mando de las tropas de la liga, el Montferrato, una buena porción del Milanesado y el título de rey, pidiéndole, en cambio, la cesión del valle de Barcelonette y otros valles alpinos, la demolición de la fortaleza de Montmelián y el reconocimiento de la soberanía feudal de Francia sobre Saboya. El duque se negó á arrasar Montmelián y á prestar homenaje al rey de Francia y únicamente consintió en ceder á ésta Cavour y todos los territorios, desde Cavour á Pignerol, con tal que él pudiera anexionarse la parte de Lombardia situada en la orilla izquierda del Tessino y el territorio de Alejandría, desde el Scrivia al mar. Con estas condiciones firmóse en Rívoli una liga ofensiva contra los españoles en la que quedaban incluidos los duques de Módena, de Parma y de Mantua (11 de julio de 1635).

Richelieu, á fin de evitar la guerra contra España, había hasta entonces descuidado el cumplimiento de la cláusula del tratado de Monzón, que disponía que



LUIS XIII DE FRANCIA

(Cuadro original de Justo de Egmont, 1602-1672)

se pusiera á los grisonos en posesión de la Valtelina. En 1633, los españoles, mandados por Feria, habían pasado de la Valtelina al Tirol; en 1634, el ejército que venció á los suecos en Nordlingen había penetrado en Alemania por los collados de los Alpes; y Rohán, el antiguo jefe hugonote, cuya actividad empleaba Richelieu fuera de Francia, había sido enviado dos veces á los Grisonos y abandonado allí sin órdenes y sin dinero.

Pero en 1635, el rey ordenó á Rohán, que había reunido 12.000 hombres en la Alta Alsacia, que «se encaminara directamente» á los Grisonos para apoderarse de la Valtelina. Landé, lugarteniente de Rohán, se apoderó de Ripa y de Bormio (fines de marzo de 1635).

De esta manera los españoles, encerrados en el Milanesado y ocupados, además, por el ataque de la liga franco-italiana, no podrían desde Italia socorrer á los Países Bajos, que por el lado del mar aislaban las flotas holandesas. Richelieu se proponía dirigir ahora su principal esfuerzo contra estas provincias, en otro tiempo francesas en parte, y á Bruselas había enviado su declaración de guerra á España; con el triunfo de su diplomacia, habíanse ensanchado sus ambiciones que ya dejaban atrás su programa de 1629.

A ello le impulsaban los acontecimientos de los Países Bajos. Los pueblos y los grandes señores, especialmente en las provincias walonas, estaban cansados de la guerra con las Provincias Unidas, de la pesadumbre de los impuestos y de la presencia de las tropas españolas, y en 1632 muchos señores descontentos se pusieron en relación con Richelieu y Federico Enrique de Nassau, el nuevo estatúder, ofreciéndose á sublevar el país si Holanda atacaba más vigorosamente y si Francia empeñaba abiertamente la guerra contra España. Richelieu, á su vez, pretendía que fuesen los belgas los que dieran la señal; así es que no fué posible llegar á una inteligencia.

La agitación, reprimida con algún vigor, se reprodujo cuando á la muerte de la infanta Clara Isabel Eugenia (1) (1.º de diciembre de 1633) acabó el régimen de semiautonomía de que gozaba el país desde 1598. Entonces, muchos grandes señores comprometidos huyeron á Francia (2).

Richelieu, temeroso de que los belgas, desesperados, se entregasen á las Provincias Unidas, adoptó sus precauciones, y en el tratado de alianza defensiva que firmó con los holandeses en 1634, prometió pagarles un subsidio anual de 2.300.000 libras ó unirse á ellos para hacer la guerra al rey de España, en cual caso «se harán previamente las distribuciones de las conquistas de una y otra parte.»

Al año siguiente, habiéndose convertido la liga de defensiva en ofensiva (8 de febrero de 1635), el rey se obligó «á comenzar toda suerte de hostilidades en los Países Bajos» inmediatamente después de la ratificación del tratado, haciendo entrar en las provincias españolas 25.000 infantes y 5.000 caballos. Los holandeses le secundarían con un ejército igual y se invitaría á los pueblos de los Países Bajos á expulsar á los españoles, «efectuado lo cual en el plazo de tres meses,» dichas provincias permanecerían juntas y unidas en un

(1) El archiduque Alberto había fallecido en 1621.

(2) A. Waddington, *La République des Provinces-Unies*, etc., I, págs. 145-180.

corpo de Estado libre que Francia y los Estados generales tomarían bajo su protección y alianza.

En el caso en que las provincias «se mantuvieran adictas á los españoles,» el rey y los Estados generales se repartirían el país, «con la condición, empero, de que, en la extensión de este reparto, las plazas y los lugares que por sí mismo hayan sacudido el yugo de los españoles, siempre y cuando formen un cuerpo de tres ó cuatro ciudades, permanecerán libres, sin ninguna otra sujeción á Su Majestad ni á los dichos señores, los Estados, que un juramento de no hacer nada contra su servicio, antes bien favoreciéndolo cuanto puedan.» El rey tomaría para sí el país del Luxemburgo, los condados de Namur y de Hainaut, el Artois y la mayor parte de las Flandes; los Estados se anexionarían el marquesado del Sacro Imperio, en donde está comprendida la ciudad de Amberes, el señorío de Malinas, el ducado de Bravante, el resto de las Flandes y el país de Waes. Los aliados invitaban al rey de Inglaterra á que se adhiciese á su liga, comprometiéndose vagamente en este caso á «tomar en consideración» sus intereses y los de su casa.

II.—Comienzo de las hostilidades y fracasos

El ejército francés, mandado por el mariscal Chatillon, pasó el Mosa, junto á Mezieres, y atravesando el país de Lieja para salir á recibir á los holandeses, encontró y derrotó en Avein (6 en los Avins, cerca de Rochefort, una parte del ejército español á las órdenes del príncipe Tomás de Saboya (20 de mayo de 1635). El príncipe de Orange, Federico Enrique, llegó después de la batalla. Los aliados se apoderaron de Tirlémont, en donde mataron, saquearon y violaron á su antojo; pero allí acabaron las victorias; en efecto, los holandeses se retiraron; las poblaciones, furiosas, se alzaron en armas contra los invasores; y el ejército francés, que esperaba vivir sobre el país, quedó en pocas semanas reducido de 20.000 soldados á 6.000 mendigos que los holandeses hubieron de repatriar por mar.

En aquella primera campaña púsose de manifiesto la inferioridad del ejército francés; los generales no sabían mantener las tropas ni tampoco guiarlas. Pero aun fué peor el año siguiente (1636): Condé no logró tomar Dole, y esta invasión del Franco-Condado, que formaba parte del Círculo de Borgoña, decidió al emperador á declarar la guerra á Luis XIII.

El cardenal infante don Fernando, gobernador de los Países Bajos, avanzó directamente hasta el Somma y se apoderó de Corbie, que guardaba el pasaje de ese río (15 de agosto), llegando sus exploradores hasta Pontoise. Grande fué el espanto que momentáneamente se apoderó de París; muchos ciudadanos enviaban su dinero y sus muebles á Orleáns, y el rey, que con las primeras tropas que pudo juntar, vigilaba la marcha de los españoles, tuvo el disgusto de ver por sus propios ojos que á pocas leguas de París varios hidalgos habían puesto sus personas y sus bienes bajo el amparo de los enemigos. Pero la población no tardó en reaccionar: Richelieu, á quien habían atacado los miedos y los descontentos, paseóse en carroza por la ciudad y con su aplomo asombró á los unos, animó á los otros y se hizo admirar de todos; los Tribunales supre-